

LA ORACIÓN

Un epílogo

Un estudio acerca de la oración es una contemplación de Dios. Dios es Dios, y el hombre no lo es; Dios es Dios, y yo no lo soy. Por lo tanto, una consideración de la oración nos vuelve humildes. Termina con más preguntas que respuestas exactas. Termina con Dios, no con soluciones.

Los cristianos buscan a Dios. Deseamos conocer su voluntad y ser hallados en el cumplimiento de ella. Así, la oración incluye la voluntad de Dios. A menudo, cuando más buscamos su voluntad, es cuando menos conocemos de ella. Dios no es simplemente conocimiento; la oración no es la Biblia. De aquí, que algunas preguntas persistan:

¿Tiene Dios su voluntad definida —para nosotros? ¿Expresa Dios su voluntad, o la esconde? ¿Por qué nos esforzamos tanto por hallarla? ¿Podemos separar la espiritualidad, de la teología? ¿Podremos tener un encuentro con Dios, independientemente de la teología? ¿Es bíblica la idea de querer saber cuál es la voluntad de Dios? ¿Cuál es la definición bíblica de “la voluntad de Dios”? ¿Usamos a menudo un razonamiento torcido cuando tratamos de conocer la voluntad de Dios? ¿Podremos conocer lo que Dios piensa, independientemente de lo que la Biblia diga? ¿Por qué es en vano “poner el vellón de lana en la era”?

¡Oremos con la confianza puesta en Dios! Abel creyó en Dios y murió. Enoc anduvo con Dios, y no murió. Noé obedeció a Dios y todos los demás murieron. Nuestras vidas son cambiadas por lo que creemos. Debemos conocer las Escrituras para saber cuál es la voluntad de Dios. Debemos conocer a Dios para saber cuál es su voluntad. Obviamente, podríamos comprender mejor su voluntad si somos

más como él. La oración implica una relación. La búsqueda del conocimiento de la voluntad de Dios se debe basar en una relación con él —no en señales especiales. Por lo tanto, su voluntad no tiene por qué estar oculta, ni ser elusiva —no tiene por qué ser una especie de rompecabezas o enigma. Dios conoce; él quiere ser conocido. En la fe obediente, sencilla, como la de un niño, Dios nos permite entrar a su voluntad. El conocernos a nosotros mismos es doloroso. El conocer a Dios es doloroso, no obstante, ¡qué gran privilegio es! Por lo tanto, nos sometemos, nos rendimos; servimos. Después el Dios de los cielos nos bendice más allá de lo que pensamos. He vivido mi vida. No, no resultó como la había programado, como la había imaginado; pero es mejor —¡muchísimo mejor! ¡Dios es Dios! ¡Dios es bueno! ¿Cómo puede la gente vivir sin Dios?

¿Habremos aprendido que “lo familiar de la Escritura debe ser leído con más atención”? Regrese adonde comenzamos: a Lucas 11. Los discípulos hablaron por todos nosotros cuando dijeron: “Enséñanos a orar”. Jesús respondió a esta petición con una oración: “la oración modelo”. Después, contó una penetrante parábola la cual es mal interpretada hoy día: “la parábola del amigo importuno”.

Los cristianos son hijos. Los padres atienden a las necesidades y deseos de sus hijos amorosamente, a medianoche. Los hijos no tienen necesidad de “derribar las puertas”. Para Dios, la oración no procede de “amigos importunos”, sino, de hijos que él tiene en el seno de su amor de Padre. “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Lucas 11.3). ■